

## RELATOS BREVES<sup>1</sup>

24 Abril de 2020. Aniversario de nacimiento de Don Rodolfo Arvide Peláez

Año de Gracia de la Pandemia

### 1 Sin polvo

A diario se acumula una capa de polvo. Como siempre, como cada día desde que recuerdo que el polvo fue importante, no en mi vida pero si en la de mi madre. Desde hace unas semanas, ella es polvo, la convirtieron en cenizas a la temperatura que requiere un cuerpo para transformar 87 años de vida en partículas inertes.

Y es que al lugar que ella llegaba, prestidigitadora del sacudidor, dejaba cualquier superficie por intrincada que se presentara, libre de mácula. Nunca usó aquello de polvo eres... pero si sabía que en polvo se convertiría y así fue. Nada mejor que frente a la película del Santo y la Tigresa, cenando su cereal con leche y la mirada se fue hacia adentro mientras la mía trataba de mantenerla afuera. Dejó de respirar, tomándole las manos con las mías y acariciando sus frías y flácidas mejillas. También mis hijas. Sabi estoica junto a ella y Luisa- arriba, abajo- haciendo las llamadas necesarias. Desde ese momento se fue transformando en corpúsculos finos, inodoros, memorables.

Pasaron horas antes de que llegara una ambulancia, médico o funeraria. Nadie, más allá de Rodolfo, Luis, las hijas y yo, acudimos brevemente, a entregar su cuerpo al crematorio... el infecto virus impuso el aislamiento.

No habrá festejo el día de mi cumpleaños 63, tampoco día de mi madre, que me gusta celebrarle en nuestros cumpleaños. Limpiaremos el polvo con tristeza y desgano pero lo haremos para ella y para mí.

---

<sup>1</sup> Relatos autobiográficos breves, escritos para el taller virtual *Talladoras de Palabras* DEMAC durante 18 semanas transcurridas en tiempos de la Pandemia que recorre el mundo.

Por primera vez, desde que le propuse celebrar, no lo haremos juntas. Este será mi año 63, al que seguro recordaré como del año de la pandemia que arrasó con el mundo conocido hasta hoy.

## **2 Pistola para las ratas.**

Aquella mujer, de cabello rubio, ojos azules y de cuerpo menudo; tomó una pistola de no se sabe dónde –supongo de algún cajón del tocador, el ropero, de luna francesa o el chifonier- y se dio un balazo, que no acabó con su vida de inmediato. Mi abuelo siempre odió a la Cruz verde, roja, azul, después de constatar que en el anfiteatro del hospital yacía el cuerpo dado por muerto pero aún vivo, de su hijastra, la mayor. Agonizó durante unas horas sobre la plancha hasta que al entregar el cuerpo y no por la natural contracción del rigor mortis, tosió y tembló fuerte hasta que en un estertor profundo, murió.

Mi nombre fue elegido por mi madre, en honor a esta hermana, a la que nunca recordó bien porque se mató cuando ella era pequeña, pero tenía presente la historia trágica del desenlace de una relación amorosa, a la que su padre, se opuso, como a todas las relaciones de sus hijastras e hijas, a excepción de la de mi madre a quien le celebraron la boda con pompa y publicidad social por haber llegado virgen al matrimonio.

De esta historia me enteré cuando entré a la secundaria. Mi abuelo, dicen, me llamaba “perlita”. Yo recuerdo que me llamaba Vieja, viejita... nunca me llamó por mi nombre, mi abuela tampoco.

Me encontré con mi nombre hasta que entre a la universidad, cobró sentido porque hasta entonces, solo quería llamarme Sabina como las mujeres de mi familia, o Urbana como mi santoral o Mina o Lala como mis abuelas... pero me nombraron Teresa y pretendieron endulzarlo con un María, como el de las galletas. Lo real es que en mi familia materna, no fui nombrada, ni apodada

nunca. Mi nombre fue Niña hasta que decidí que podía injuriar y fumar frente a la familia.

Fue una pistola de calibre ligero y que estaba en el cajoncito pequeño del tocador -me contaba en mis largas y secretas historias. Mi abuelo la mostraba a todos, según el, para matar a las ratas que venían en las cajas del otro lado del mar, decían. Teresa entró en la habitación en penumbra, aprovechando la siesta del abuelo, tomó la pistola cargada para matar ratas y rateros, y se dió un balazo en el corazón.

No murió nunca. Se quedó escrita en todos y cada uno de mis documentos. Y morirá seguramente conmigo, también en el momento que así lo decidamos. Nuestro epitafio. Juntas nacieron, juntas han muerto. Teresas.

### **3 Parque hundido**

Caminábamos sobre Insurgentes, dirección avenida Feliz Cuevas. Justo en la acera del Parque Hundido. Solíamos hacer largas caminatas desde la colonia Álamos hasta el centro de la ciudad, o de ahí hasta Liverpool de Insurgentes, o a Portales. No sé cuántos kilómetros serían, pero lo disfrutábamos mucho; tres mujeres adolescentes que compartíamos el apellido de nuestro abuelo materno.

Esa tarde íbamos a Paris Londres, una tienda pequeña, con ropa linda que por supuesto yo no usaba, Mi decisión de no vestirme con ropa de señorita o mujer formal, obedeció la decisión que tome unos años atrás, mientras miraba el cajón del tocador de mi mamá, lleno de medias sedosas y ligeros y recibir una rotunda negativa a mi petición de usar pantimedias, que en ese momento ya se estaban usando.

Mi vestimenta cobraba un sentido claro y contundente cuando me enfundaba en unos vaqueros rectos y muy ajustados, mi camiseta azul marino, talla 12 –era muy delgada- y mis botas de minero. El cabello muy cortito y cara sin gota de maquillaje. Era una Niña muy linda. Para entonces ya tenía 16, estaba en la prepa

y me fui forjando una fama de subversiva y desobediente, que a decir de mi papá, me iba muy bien.

Me dió por usar hotpants, cortísimos, que yo misma aprendí a hacer en la secundaria y unas escandalosas minifaldas, que a mi abuelita Mina y su hijo Fito mi apá, les parecían de lo más divertido, siempre y cuando utilizara un pañuelo al sentarme y evitara vistas indiscretas. Nunca utilicé medias, pantimedias, vestidos comunes y corrientes. No así mis primas...

La mayor, de aquellas tres que “sacaban chispas” al concreto de las banquetas de Insurgentes, usaba finas faldas de casimir a la rodilla, con suéteres de punto de marcas muy caras y que resaltaban de manera impúdica sus pechos enormes, redondos, maquillada a la moda junto con peinado de crepe fijado con spray. Yo ni en sueños me maquillé hasta cumplir los 55... La de en medio, hermosa y de mi edad, con un cabello largo, lacio y rubio, bien peinado y siempre brillante, sus zapatos de punta y tacón discreto, su vestido de terlenka rosa con charreteras blancas, rematadas con un botón dorado abultado pero aun así discreto y elegante y yo, pelicorta, enmezclillada, por supuesto sin brasier (para que, si nunca me crecieron los pechos) y mis botas negras cortas de minera...

Éramos felices y nos encantábamos, así tal cual éramos; convencidas que cada trapo que nos plantábamos, nos iba perfecto y representaba cada átomo de nuestro ser.

Esa tarde caminando frente al parque hundido vimos que hacia nosotras, se acercaban tres chavos...”bien guapos”, mezclilla, camisetas y con sus bicis equilibradas. Era claro que nos venían mirando y se codeaban, se alisaban el cabello...malabarismos narcisistas. ¡Que emoción! Nos dijimos, entre risitas y procurando guardar la compostura a recomendación de la prima mayor. Nos fuimos aproximando y algo por abajo del ombligo vibraba... la proximidad fue intensa, casi al contacto (recuerdo como latía mi corazón) entonces, como al grito de “uno, dos, tres” ellos gritaron:

F E A S... y salieron corriendo.

La mayor que era inmensa, alta y corpulenta, alcanzó al que llevaba la bicicleta y lo tomo por la espalda. Rodeándolo por la cintura, le dió dos vueltas en el aire y tanto la bici como él, salieron volando. La segunda, se quedó congelada, inmóvil y de sus ojos de olivas enormes, rodaron lágrimas, muchas... y yo, la empantalonada, de minifaldas, y tetitas de niño, de libros y manifiestos comunistas, de guitarra y violín por las tardes de los miércoles, de dieces y honores escolares, de corte de cabello casi militar, solté la más escandalosa carcajada que se convirtió en un ataque de risa. Entre enojo, lágrimas y risas, seguimos caminando, seguras y orgullosas muy a la Vargas Dulché.

#### **4 Resurrección**

Eran cuatro palmeras inmensas en el centro del rancho que según decía mi tío Panchito, siempre habían estado ahí. Seguro habían nacido con el origen del tiempo y morirían igual.

Las tardes en Nogales eran lentas, un poco grises por la bruma y los vapores que emanaban de suelo. Aquella tarde mientras la sobremesa se prolongaba hasta la noche, como era costumbre, salí a caminar por los pastizales, entre las vacas que rumiaban, mientras con la cola espantaban moscas, mosquitos y bichos alados, grandes, torpes y negros a los cuales me decían que ni por curiosidad -bien me conocían- me acercara a ellos.

Caminé hasta la barda cuyo perímetro enmarcaba ese inmenso pastizal que a fuerza de dentelladas vacunas se mantenía podado siempre y me di cuenta que hasta entonces nunca había llegado tan lejos. Toqué la barda, con los ojos cerrados y susurré para mí, como en una invocación infalible: uno, dos, tres por mí y todos mis compañeros y giré; lo que vi, fue la casa demasiado lejos, la penumbra que indicaba que la noche estaba muy cerca y las altas palmeras que parecían tener en la fronda, vida propia. Se agitaban desordenadas y convulsionaban. Se pintaban poco a poco de pardo, negro y comenzaron a escupir partículas negras con movimiento propio. No aparecieron mis compañeros y si esa

suerte de papeles arrugados y volátiles... un latigazo recorrió mi espalda: miedo. Comencé a moverme, primero lenta sin dejar de mirar el revoloteo, luego fui apurando la marcha. Eché a correr cuando la mancha desordenada me apuntó y chilló fuerte, llamando la atención de las vacas, las moscas y bichos para formar una masa que ya no pude mirar... se acercó y chocó contra mi cabello crespo y largo y con una suerte de pizarra cinematográfica, esa masa se transformó en El Vampiro. Ante mis enormes ojos de apenas ocho años, la figura del Conde Lavud se corporeizó frente a mí, con su capa extendida, con su rostro bajo cuya identidad se encontraba la de German Robles el verdadero Drácula de mi historia. Nunca corrí como entonces, rompí mi marca de campeona en 50 metros sobre concreto del patio escolar y en tres zancadas llegué hasta el regazo de mi papá, quien me dijo: “quien te persigue hoy mi niña” y hundí mi carita asustada entre sus manos, soportando el ardor en mi cuello, sin decir palabra.

Años más tarde al conversar con una de mis tantas primas, que sobrevivieron a la catástrofe del terremoto familiar, me contó que uno de mis tíos, el protagonista de la película familiar cuyo papel era el de “El Infame”, le relató sobre nuestro diminuto núcleo familiar, contundente, “Están muertos para esta familia desde hace mucho tiempo...”

Entonces comprendí todo, aquella tarde en Nogales, fui transformada en una no viva por un vampiro de celuloide; desde entonces soy una no viva, que se percató de ello sólo cuando una viva de otra película, me llevó a la catarsis.

## **5 La culpa es del fantasma**

Lo primero que encuentro al abrir la puerta de entrada es un collage de espejos. Pequeños, redondos, de latón, dorados o lámina plateada. Me saludo con el ánimo del día y sigo adelante. Esos cuadritos de espejo reflejan fragmentado, el largo día que he tenido. Un ojo caído en uno, uno bien firme en el otro, la nariz aguileña que me rehusé siempre a modificarla de cualquier forma o una boca bipolar en la mayoría de los días. El mayor está a la altura de mi rostro y es el que refleja lo que

más me gusta. Mi rostro iluminado y un poco alargado. No se alcanzan a ver todas las arrugas que ya están definitivamente marcadas.

Entro al comedor y ahí otro espejo, una luna grande y buena que compramos en bazar de objetos usados. Ese refleja mi imagen de medio cuerpo y en el fondo el alto librero que alcanza la curva de la bóveda. Es una buena luna que refleja un cuerpo de 65 kilos, cabello largo y plateado (así plateado en ese espejo) y enmarcado en una suerte de diorama repleto de mis libros, lecturas e historia.

Giro sobre mi flanco derecho y quedo frente al espejo de cuerpo entero que se encuentra bajo la escalera. Ese fue herencia de mi abuelo hace 50 años. La luna ya no refleja tan bien como yo quisiera. El azogue está un poco gastado y presenta “fantasmas” en el fondo. En este me divierto pues me acompaño de los espectros familiares, tal vez mi abuelo sigue ahí. Si continuo a lo largo del trayecto de la casa, encontraré cuatro espejos más. Otro de cuerpo completo, medio cuerpo, el baño, sensual, lleno de vapor y uno pequeñito sobre la cómoda de la cama.

Me miro en el que necesito, momento a momento, uno me refleja delgada y con una figura estilizada, otro luminosa y fresca, el otro rechoncha y feliz, uno más, ojerosa y nostálgica. Tengo espejos a la medida, para cada momento del día y estado de ánimo: al gusto, y me miro reflejada como en un menú:

Ojeras, Patas de gallo, Cintura de abeja, Nalga levantada, Vientre plano, Sonrisa Lágrimas, Vestido nuevo, Aretes, Labial...

Soy un cuerpo a mi medida, un cuerpo acicalado y también torturado. Un brasier bajo la blusa, un cinturón en la cintura; dos tenis ocultando imperfecciones podológicas y unas gafas igual de estrábicas que los ojos que antecede. Somos mi cuerpo y mi representación en los espejos y La culpa es del fantasma.

## **6 Meñique**

De los cinco dedos de mi mano derecha, el meñique es por mucho mi preferido. Chueco como todos pero pequeñito. La uña es bien formada y recortadita siempre. Desde que recuerdo, ha presentado dificultades de fluidez al movimiento pero no por eso deja de ser delicado, divertido, diminuto y dócil- a su manera. Pese a la reuma y artrosis que prematuramente se presentaron en mis manos y codos, (entre los 10 y 12 años por una escarlatina insidiosa), este dedo que es la niña chiquita de mi mano, no se queja; petulante a la hora del postre, narcisista en la interlocución y firme al posarse en la mesa para la escritura.

De las diez extensiones de mi mano, este meñique es el único capaz de posarse con firmeza, y precaución sobre mi boca; justo en el centro, perpendicular a mis labios solo para denotar prudencia, contención e indulgencia. Así es, pero cuando lo miro sobre la mesa, quieto, extendido, aquello de menos es más, cobra todo el sentido. Mi meñique es depósito, custodia y estibador permanente de la argolla matrimonial de mi madre, quien lo depositó justo ahí desde el momento en que pude portarlo y solo dijo:

Aquí nosotras, aquí yo, aquí tú.

El mapa para no perderme, siempre conmigo y en mis manos.

## **7. Epistemofilia**

Los domingos eran días de júbilo, supongo que sobre todo para las primas más pequeñas. Éramos una familia de muchas mujeres, de todas las edades. Llegábamos de distintos rumbos de la ciudad para comer con el abuelo.

Un domingo, se habilitó la máquina de coser de la casa (todas las mujeres hicimos uso de ella en distintos momentos) como escritorio para las niñas. Mi prima Chío, quien era la única mujer de la familia que había llegado a la universidad, tenía algún trabajo académico que hacer y por supuesto que sobrábamos sujetas de experimentación. Dispuso hojas blancas sobre la mesa y lápiz únicamente. Primero un dibujo de un niño, luego niña, luego una casa, un árbol y al final una familia. Por primera vez me di cuenta lo mucho que me gustaba dibujar pero sobre

todo realizar tareas ordenadamente... mi prima Rocío, fumaba, injuriaba, tenía un coche de agencia amarillo y una bolsa de cuero con monedas.

Tomó las hojas con mis dibujos entre sus manos y sonrió. Yo quise ser como ella,, siempre. Ella murió prematuramente por las secuelas de la escarlatina que a tres de las primas nos atacó en el mismo año y que nos tuvo hasta muy entrada la vida adulta con tratamientos continuos de penicilinas y anticoagulantes.

En 1975 en el barandal del primer patio de la prepa uno, en San Ildefonso y con los papeles en mis manos, tuve que decidir por aquello que según la gente en mi época, era la historia de mi vida, dicho que por suerte, tuve la posibilidad de rebatir y modificar hasta hoy. Para entonces solo dos mujeres más de la familia habíamos llegado a la preparatoria y más tarde a la universidad. Me debatí varias horas, entre la clase de biología que era una suerte de catedra de Entropía y manifiesto comunista; la de matemáticas, que robaba mis tiempos de ocio con el mayor de los gustos, la de literatura en donde no solo encontré a la que sigue siendo mi mejor amiga sino el mayor de mis placeres: las letras. Fue difícil tomar la decisión para elegir el área y un año más tarde la carrera.

Química biológicas y después la profesión. El primer día, tome un camión de esos que llamaban guajoloteros para llegar hasta la Cabeza de Juárez, la facultad a la que ingresé estaba en Zaragoza y aquello amenazaba con fracaso. Horas de transporte, horario vespertino y una distancia enorme. Al final alguien requirió estudiar en Zaragoza y pude cambiarme a Ciudad Universitaria, que estaba a tiro de piedra de mi casa.

Pase años ahí, muchos más de los que pensé que necesitaría, como bibliotecaria, estudiante y docente después, sin estar totalmente convencida de mi elección. La psicología que había heredado de Rocío y que respondía a intereses económicos, se fue incrustando de manera ambivalente en mí.

La música no dejó de estar presente: fui maestra por algunos años, ejecutante y piedra rodante de peñas y escenarios estudiantiles, ah como me gustaba eso. Cantar y enseñar... conocí los cinturones de miseria de la ciudad, pues ahí me

asignaban para dar clases de música, con instrumentos que construíamos cada vez que una niña o un niño llegaban al “taller”. Teníamos corcholatas, palos de escoba, latas de manteca grandes y hasta un tambo que nos regaló una fábrica de jabón para que hiciéramos con ella un timbal y también una cámara oscura para ver los efectos de la luz en un espacio oscuro. Mientras la carrera de psicología avanzaba, yo aprendía de fotografía y rollos, revelados y retratos. Cargaba mi cámara (luego en mi pequeño cuarto oscuro, revelaba e imprimía las fotos de los niños de la Jabonera y la Moctezuma); seguía estudiando para concertista de guitarra (intento truncado por la volcadura de una “combi” en la que viajaba y que dejó mis manos en calidad de maestra). Le coqueteaba a la producción de vestuario y escenografía en el teatro estudiantil. Quise siempre tragarme el mundo y lo fui haciendo de a poco, como micro dosis que siempre acariciaban y sanaban mi alma...

Años más tarde vi como todo lo que aprendía, lo compartía enseñando y que esa intención de no guardar se me regresaba en sonrisas, agradecimientos, abrazos, cartones con dibujos, cartas y besos, muchos besos.

Siempre fui maestra y sigo trabajando en ello. Todo lo que hago y aprendo, lo regreso a las amigas, a los consultantes, a mi familia por pequeña que es. Siempre tengo una retribución, lo se pese a que no siempre la veo, pero desde el primer día que decidí ser psicóloga, violinista, vestuarista, titiritera, narradora oral, emergencióloga, terapeuta, epidemióloga, grabadora, serigrafista, la vida me ha regresado mucho. Epistemofilia le llamo pero también gratitud.

## **8. AGFA**

Morena, igual que sus dos hermanos, de cabello chino más bien retorcido y negro, que si me voy hacia atrás, al recuerdo más antiguo, me regresa unas canas platinadas y anárquicas. Se pintaba los labios a diario y cuando había alguna fiesta, se ponía un poco de colorete; talcos y polvos Maja- que transformaban su habitación, esa penumbra húmeda, en la nebulosa de Andrómeda. Delineaba sus

ojos con un lápiz negro y duro. Su tocador siempre tenía un olor a perfumes almizclados y lluvia de montaña, que era difícil identificar o equiparar con un grato aroma, más bien era su aroma.

Sus manos pequeñitas, cobrizas y chatas... y es que siempre estaban ocupadas en roer alguna tarea. Abultaba entre el fondo, el vestido y los mandiles, un vientre estéril, del cual la única noticia era que no dio más que un hijo que le regalaron para criarlo como vaquero del establo. Era su pesar.

Chancleaba, oh sí. Podíamos despertar de un sueño profundo, abandonar cualquier avistamiento sobrenatural o extraterrestre; interrumpir la disección de algún insecto, dejar de husmear por el molino, solo con la proclama rítmica de sus zapatos arrastrándose, que en ocasiones venía acompañada de un silbidito o ronroneo armónico, nasal. Mi tía Bety hacía presencia.

Observarla era y aun es, un deleite, un asombro, un descubrimiento. La Muñeca – como cariñosamente le decía su comadre Adelita- sentada en una butaca amplia, de cedro. En la mesita de al lado, las fotos estaban disponibles. Ella a tres cuartos de perfil. Su brazo derecho flexionado y alojado sobre el brazo del sillón; la mano jugueteando indiferente, un largo collar que se mece suave hasta el pecho. Contrario a la ruta de ese toque, la vista directa a la lente; al que observa, de manera directa y casi transparente. Los rasgos de la cara claros y precisos. La nariz recta y definida, los labios breves, más el superior que se diría incorpóreo. Mentón definido en triangulo y atravesado por la vertical- casi quirúrgica- que divide en dos la barbilla casi en punta.

La mano derecha, en cambio, sostiene un ramo de rosas pálidas y crisantemos. El vestido de lana sembrado de pedrería, plegado de las rodillas hasta el tobillo. A sus pies calzados con zapatillas de ante y seda yace el tigre...

Tía Bety nació atenqueña y jarocho. Decían que en México; decían que en Veracruz... llevaba la música en el cuerpo y en la boca el son. Cada una de sus células, como las de su hermanita, mi abuelita Mina y sus hermanos, llevaban el regalo de papá Mino quien fue bajo sexto en la orquesta típica de la Ciudad de

México; en la sangre la efervescencia del mar y el son jarocho, que abuelita Estercita habían depositado como nostálgico y burbujeante legado. Bien decía don Pancho, el viejo, que un día se volvería loca y decretaba: “la que come y canta loca se levanta”: no había forma de secar su garganta, los pies y mucho menos las manos.

### Instantáneas

1 Esa tarde de agosto, transcurrió entre llovizna impertinente y bochorno. Las abuelas, peones y nietos acompañando a doña Bety en la ardua y laboriosa tarea del pastel de boda. Como acto, de magia ante sus ojos brotaban de un amasijo de azúcar impalpable, maicena, agua y colorante, una corte de damas que acompañarían con sus vestidos de tul y azúcar rosado a la inmaculada pareja nupcial. La blanca pista de pastel se iba poblando además, de dulces animales y toda la flora imaginable. La tía erudita, dio paso a la explicación: mira Pachón, esta es la mamá coneja con sus conejitos... y sin más, con un golpe sorprendente y bestial: bajo la mano del Pachón, no quedó más que una masacre de pastillaje acompañado de una declaración indiscutible: aquí no hay más madre que usted Beatricita...

2 Los ojos pícaros del viejo miraban divertidos las rodillas de “su vieja” : prietas y lustradas con teatrical, que al ritmo de La Cómoda de Alambre, se dejaban ver atrevidas cuando Beatricita levantaba el vestido más allá de la imaginación; actuación digna de los mejores tiempos del Bataclan.

3 Mi primera cámara fotográfica, una caja negra Agfa envuelta en ese fino telar de pelusas y telarañas, que encontré en el molino de la casa, aparece en el puerto. Está en la mano derecha de mi tío Panchito, el viejo. Con la izquierda toma suavemente el hombro de mi tía Bety. El barco los resguarda, bamboleando. Siempre llama mi atención lo diminuto de su equipaje en esa foto. Es el puerto.

Beatricita: yo misma.

## 9. San Monicato

“San Monicato quita la lluvia y te desato”. Mientras encerrada en el closet de la casa de Auriga, la tormenta eléctrica amainaba poco a poco. Era muy pequeña y entre mis manos un pedazo de mecate lleno de nudos se retorció: reflejo de mi temor infantil. Hasta entrada la adolescencia deje de temer a los rayos pero sobre todo a la amenaza “MAL RAYO TE PARTA”. Igual aquello del diluvio, las estatuas de sal y las crucifixiones, que estaba en el libro más escondido y tentador de la casa de la abuelada materna.

Parte de mi infancia giraban en torno al conjuro de los castigos: Agusanarme al morir como aquel pajarito que miré tirado en el río y animado por un hervidero de caníbales. Convertirme en tortuga, como la niña del circo de Tepotzotlán por faltarle el respeto a sus padres; robada por el tlacuache junto con mis primas y claro a que “El mal rayo me partiera” como al gemelo de mi tío Carmelo que dicen murió calcinado en el centro de la glorieta de Etiopia, frente a la entonces SCOP de la ciudad de México. Solo deseaba que nada fuera cierto. Que la lengua fulminante de mi tío el Infame o las culebras que mamaban las chichis de las nanas que se quedaban dormidas no fueran ciertas.

Para protegerme mientras tanto, hacia nudos en mecatas, me ponía un hilito rojo lleno de babas en la frente, cruzaba mis dedos; me frotaba hierbas con agua tibia, o iba a la tienda de mi tía Beata donde bordar también ayudaba a que no nos cayera la eléctrica maldición.

Deseaba llegar a ser violinista y tocar en Bellas Artes, fumar y una cartera llena de billetes como mi prima Roció para lo cual solo debía ser una niña bien portada.

Pero el día de la verdad llegó por fin. Una tormenta como pocas se presentó por la noche. Por alguna razón, solo recuerdo las tormentas nocturnas. Mi mamá me dijo que no me preocupara. Los rayos caían allá lejos, por donde se veían los cerros de Tlalpan, justo ahí donde hoy vivo... mi papá me daba indicaciones aritméticas: “cuando veas la luz, el rayo ya cayó en algún lugar, y ya no te caerá a ti, cuentas lentamente: uuunno, dossss, tressss, cuatro y cuando escuches el sonido lo

multiplicas por... y así sacábamos la distancia”. Nada funcionaba, el miedo era terrible, a veces deseaba ser ciega y sorda durante las tormentas. Ese día fue distinto, me metí bajo de la cama, y con decisión dejé mis mecates afuera... había planeado la estrategia desde la última tormenta. Si San Monicato no me hacía el milagro, ni los mecates, frotaciones, el salín con chile, comer moronga y otras cosas como orar y que por ser de familia atea no sabía hacer, pues me inventé una tremenda, que según yo, desafiaba todo lo conocido hasta entonces: la existencia del infierno, el ánima sola, los vampiros, la mujer tortuga y el becerro de tres patas y por supuesto: la existencia de dios.

La tormenta arreció y los rayos iluminaban todo. Tomé aire profundamente, revisé a tientas que la carta de despedida estuviera ahí, saqué la mano y grité con todas mis fuerzas: “Dios no existe y si existe es un imbécil”, esperando que el mal rayo me partiera y convirtiera mi cuerpo en una estatua de sal o de ceniza como los pecadores de Sodoma o los habitantes de Pompeya que hoy sé que no le faltaron el respeto a sus padres.

Dejé de creer en Dios, los castigos por deshonrar el domingo y a los padres (las madres eran harina de otro costal), no volví a esconder los vasos rotos o a leer a escondidas en la casa del papá de mi amá.

Mi vida cambio y comencé a desear otras cosas, mundanas, frívolas y otras más profundas como que el campeonato de futbol lo ganara el América; nunca se acabarán los cuadernos de cuadrícula chica para que mis series numéricas fueran interminables y demostrar que el infinito existe, que no me obligaran a hacer la primera comunión como a mis primas y que el cine de función triple de todos los sábados concluyera con una torta de milanesa de las que vendían en Santa María.

A los diez años enfermé de la fiebre reumática, la escarlatina y todo cambió. El dolor se instaló en mi cuerpo, en mi alma y en mi voluntad. Comencé a desear cosas diferentes y terriblemente pragmáticas que hicieron de mi infancia, una sucesión interminable de reclamos más que deseos y tuve que aprender nuevas formas para conjurar a los demonios del cuerpo.

## **10. La Lista Oficial**

La primera promesa cumplida de mi papá cuando se jubiló fue no levantarse nunca antes de las nueve; la segunda hacerse cargo de La Lista Oficial.

No sabíamos de qué se trataba aquello hasta que llegado el primer día de su retiro, salió del baño, sin su traje de casimir, camisa y corbata impecables, enfundado en su drill favorito y su playera de punto y manga corta, tomó del cajón un lápiz de punta afilada y un cuarto de hoja carta, que con el tiempo cambiaría por la hoja desprendible del calendario de escritorio que había usado el año anterior.

Llegó a la mesa, se sentó muy serio y formal, con su Mirado Amarillo, de gomita nueva, nos miró serio mientras lo veíamos expectantes y dijo: “Ahora sí, ya pensaron que vamos a comer para hacer la lista oficial e irme por el mandado...”

Siempre así hasta que murió, la primera vez, mirando la corrida de toros.

No lo podíamos creer, después de todos sus años de funcionario y custodio de los valores del banco, sus máquinas de números, en los que me enseñó las unidades, decenas, centenas... y el radio, el télex, las estafetas que circulaban por aspiración en el sistema sanguíneo del banco... los lápices impecables, las hojas inmensas de fórmulas, números, los cristales de sus escritorios y mesas de trabajo- tenía más de seis para él- sus archiveros e incipientes máquinas perforadora donde aprendí las sumas y a despejar ecuaciones de segundo grado...

En la mesa del antecomedor, tomó su lugar, frente a un platito de papaya y una taza de café con leche, nos urgió a dictarle los ingredientes de la comida, que a partir de ese día, tuvo siempre tortillas calientes, sobremesa larga, dichosa y casi siempre conmovedora.

La Lista oficial se convirtió en el punto de encuentro, desde aquel día y después de su segunda muerte. Durante la pandemia, la muerte de mi mamá, el duelo, el encierro... hasta el día de hoy.

La lista oficial es el llamado a juntarnos por la mañana para planear el día, contarnos los chismes del barrio y la crítica a las noticias, para ese momento estamos casi convencidos de lo que comeremos, de cómo nos sentimos, de lo que proveemos y si será un buen, regular o mal día. También es el momento de inundar la casa un poco a escondidas, de ojos anegados como los de mi papá cuando escuchaba alguna canción que seguro le recordaba papalotes, el quiosco morisco de su infancia o su escritorio en el banco y nos contagiaba con una profunda nostalgia y la seguridad de que nada malo tenían las lluvias y los llantos siempre y cuando se acompañaran de un buen caldo preparado con los ingredientes que él elegía en el mercado todas las mañanas, mientras conversaba con sus marchantes, se comía un pedazo de tostada con crema y queso, un pedazo de piña para la prueba y que por no estar en la Lista oficial, eran sus deslices del día.

Promesa cumplida, heredada hasta el fin de nuestros tiempos: La lista oficial.

## **11. Neowise y Gaudí**

Se anuncia que el cometa Neowise podrá verse en el alba, cuando la luz sea suficiente para observar hacia el noreste la cauda de aquello que en la infancia pensaba como un presagio luminoso de polvo de estrellas.

Al contrario de los ojos familiares, que miraban aquella visita como una amenaza divina, en lo profundo, me albergaba la idea de un pedazo del infinito que en ruta perfectamente establecida, alcanzaríamos a mirar una vez en nuestra vida, dándonos la oportunidad de ser testigos del movimiento perfecto del universo.

Siempre pensé que los cometas eran aquello que tocaba en un solo momento lo terrenal, dando paso a la expresión de su cauda y al mismo tiempo el misterioso universo, iluminado por estrellas viajeras.

He podido ver tres cometas en mi vida y siempre me maravillan y me dan pie a pensar que así debe ser la vida. Un pie en lo terrenal y el otro en lo oscuro de un infinito por develar.

El cometa es mi símbolo. Hace 22 años en 1998, a un paso de terminar el siglo, me hice tatuar en mi brazo izquierdo, un cometa, el que Gaudí dejara impreso en el parque Güell hace mucho. Así cristalicé mi permanente búsqueda y tránsito por el universo, transformando los encuentros en materia estelar.

## **12. Inversión**

Aquel domingo en casa del abuelo, no era diferente a los otros. Sin embargo, los que fuimos niños, comenzamos a crecer. Las sobremesas iban llenándose de preguntas infantiles con sentidos distintos a los acostumbrados ¿Habría postre? ¿Nos darán refresco sin rebajar? ¿Abrieron el cerecito?... ahora las preguntas se deslizaban a otros rumbos ¿Por qué matan a los toros al final de la corrida? ¿Por qué se les llama sirvientas a las mujeres que hacen todo en la casa? ¿Por qué los hombres no lavan los trastes del domingo? El abuelo miraba indulgente y los tíos reían, mientras las mujeres, en la cocina, seguían preparando viandas hasta que la jornada se daba por finalizada, que no era antes de que el abuelo se retirara a dormir y las sirvientas dejaran la cocina brillante.

Ese domingo la plática dio un giro definitivo a la vida de la familia. Se hablaba de oficios, profesiones y responsabilidades. El negocio familiar daba para proveer a las familias de los varones de mi abuelo; las hijas eran la harina de otros costales. Así. Mi papá comentó que su única hija seguiría estudiando hasta conseguir una carrera universitaria igual que mi hermano. Todos rieron escandalosamente, lo que parecía una burla descarada. Uno de mis tíos sentenció: “para que... una carrera corta, y que se casen, así no invertimos tanto...” la risa se dejó escuchar de nuevo fuerte y poco a poco los comentarios fueron subiendo de tono... “a los 18 en una oficina y bien entrenadas, se llevan al jefe y listo”. No recuerdo que hizo

mi abuelo, pero mi papá, con su acostumbrada templanza, buen humor y bondad, me acarició la cabeza y me dijo: ve a jugar

Esa noche, después de ir a dejar a mis primas y tías a sus casas, y de un inusual silencio en el Hudson guinda, el coche más hermoso que recuerdo haber tenido, mi papá llegó a casa, encendió la tele y se quedó un largo rato ahí, mirando más allá del cinescopio... fue como todas las noches a arroparnos, ablandó las almohadas, estiró las sábanas y el cobertor y nos cubrió con cariño mientras nos decía buenas noches y deseaba buen sueño. Esa noche mi papá susurró, por única vez en mi vida: “tu risa, tu dinero y tu ombligo, siempre serán tuyos.

Así es hasta hoy, así mis hijas y mis nietas.

### **13. La desenredadora de hilos**

A Argelia Matus

MI promedio diario de uso de mi Tablet, se incrementó de manera exponencial durante la pandemia. Los eventos que comenzaron casi a la par del anuncio de la campaña de sana distancia y fase tres, coincidieron con este incremento, la muerte de mi mamá, el paso malabárico y definitivo a lo que se denomina: población de riesgo y el enclaustramiento voluntario que el día de hoy está cumpliendo sus ciento y tantos días... mi nariz no ha asomado más allá del frente de mi casa, que debe barrerse y que no necesariamente tendría que hacerlo yo pero que me da oportunidad de mirar fuera de los 20 metros de fondo de mi casa.

Pero decía del incremento que semana a semana me advierte de lo que ocurre e hice frente a la pantalla, durante una semana. Al principio me preocupaba por aquello de los efectos sobre la salud de estar frente a la tecnología o el embobamiento propio de los medios y divertimentos modernos o el hastío que parece apoderarse de nosotros en estos extraños momentos de pandemia, donde el tiempo se ha vuelto maleable, dúctil y resiliente; lo que ha mostrado que la física y las matemáticas, son disciplinas exactas y sabias, susceptibles de explicar las propiedades de la materia en un sentido casi ontológico. Así el divertimento.

Estando en esa navegación un poco al garete, me encontré con la obra de Argelia Matus, artista oaxaqueña que en alguna ocasión miré en un artículo que mostraba su trabajo textil. Hermoso y profundo. En esta ocasión me encontré con un dibujo de grafito y acrílico. Tres colores: el blanco del papel, el negro y sus grises del grafito y rojo. En él se ve el perfil de cuerpo completo de una mujer que porta el traje oaxaqueño de cadenilla y enagua. Su cabello va trenzado hasta casi la cintura y sobre su cabeza, una gran maraña de hilo rojo, cuya punta está sujeta entre sus manos. Argelia dice: “Cuentan que de entre todos los oficios, el de desenredador de hilos es el más difícil de ejercer...”

El trabajo me atrapó de inmediato y me puse en contacto con ella. Me contestó amable y comentó que esta obra de pequeñas dimensiones, ya no estaba disponible (solo el registro en la red) pero que tenía uno más pequeño que me mostró y puso a mi disposición. Me fui de inmediato al interior...mi memoria abrió uno de esos archivos que no están disponibles cotidianamente: miro a varias mujeres sentadas en un camión de la ruta Sur 73. Vamos rumbo a la alberca olímpica a nuestra clase de natación. Patricia, Rosalía -Beto más atrás- charlando de la elección de carrera que estamos a punto de hacer. Estudiamos en la prepa uno, en San Ildefonso y en unos días tendremos que elegir. Rosalía se irá a Filosofía y Letras por supuesto, Paty a Economía y cuando me toca hablar a mí, Patricia contundente dice: “a Tere le toca desenredar marañas”. Nos reímos: yo iría a Psicología, no sabía bien a bien a qué, pero era una decisión definitiva.

Estudié la carrera de manera atropellada, de un plantel a otro, de un turno nocturno al matutino, de lo presencial a lo abierto, trabajando como bibliotecaria, como técnica académica y finalmente como docente: siempre en la UNAM. Pasaron las mejores y las peores cosas de mi vida, pero fui generando una convicción secreta.

Con el paso de los años se hizo públicamente: escuchar con atención, poner en la mesa las palabras y con suavidad, a veces con rudeza, jalar el hilo que de ser un enredijo, se iba transformando en una madeja, para más adelante ser la materia para bordar una historia, repetida, añeja o nueva pero ahora visible y maleable. Mi

profesión se fue transformando y ocupando todos los espacios de mi vida: si contaba un cuento, al final proponía una interrogante, nunca una moraleja; si hacía un títere, era el narrador que con voz en off acomodaba escenas; si hacía gráfica, denunciaba cada vida, cada muerte y cada extravío.

Miré la obra a la que llamé: “La desenredadora de hilos” y no pude más que reflexionar en todas las horas que he pasado frente a la pantalla durante estos tiempos de incertidumbre, lógico que resulta hacerlo, escuchando las historias de consultantes, intervinientes de primer contacto, enfermos de covid, recuperados y a quienes se les ha muerto un amigo, un familiar, un conocido y que lloran profundo lo que para muchos es un injusto vuelco que dio la vida.

He pasado todas mis horas trabajando frente a la pantalla con personas reales, nos conectamos de una a una o en grupos pequeños, medianos, enormes, pero la inmensidad de este momento me muestra la fragilidad de los hilos que estamos desenredando con cuidado, con paciencia para que la historia no se rompa y si ocurre, podamos reparar con un delicado nudo, la historia que hoy parece que se escurre entre el tiempo y las pantallas de mis dispositivos.

Día 139 de la pandemia. Me voy a trabajar.

#### **14. La Mala**

Mi abuelo y mi abuela tuvieron nueve hijos. Dormían en habitaciones separadas. No se miraban o hablaban nunca y si lo hacían, era con rabia o rencor.

Uno de mis tíos mató a un hombre con premeditación alevosía y ventaja: “Él lo provocó” dijeron. Estaba borracho

Otro, violó a mi prima desde niña hasta que comenzó la adolescencia: “Ella lo provocó dijeron”. Su esposa fue cómplice.

Los otros, golpeaba reiteradamente a mi primo. “Era un rufián, había que educarlo” reiteraban.

Todos miraban al cielo.

Los imaginaba morir torturados, desmembrados, en su propio vómito de sangre.

Mi familia materna.

## **15. Majestic**

“Ángel de mi guarda, mi dulce compañía, no me desampares,  
ni de noche, ni de día...”

La casa de mis abuelitas Estercita y Mina, tenía un sótano, un bracerero muy grande con una pileta para lavar los trastes y las tripas de pollo para los gatos; un cuarto mediano con chimenea, para ahumar los tocinos, chuletas y venado, que se vendían en la carnicería de mi tío Fernando; un corral enorme en el que nacían jitomates, tomates verdes y uno que otro chile, una cama de flores en la que alguna vez mi abuelita tuvo una inmensa planta de hojas verdes, de flores lilas y que mi tío Luis corto de tajo refunfuñándole a mi bisa.

La pileta para lavar la ropa era muy grande y se custodiaba mediante una puerta de herrería con un candado, decían que ahí se podía ahogar una criatura y en la familia solo había tres, mi papá cuando niño, mi hermano y yo.

Los sábados por la tarde mi papá nos llevaba a la casa de Santa María, en Fresno 214 para recoger a mi abue Mina y nos dejaba en el cine Majestic para la función triple. Un gazzate y unos cacahuates nos acompañaban de las tres hasta las ocho o nueve de la noche. A veces pasábamos a ver los huesos de dinosaurios al museo de geología, pero más bien nos urgía la entrada al salón oscuro y el abrazo

de mi abuelita. Salíamos directo a las tortas de Eligio Ancona, de milanesa por supuesto y de ahí caminábamos ya muy tarde unos pasos para abrir el portón rojo con la llave de hierro y caminar por el largo, descubierta pero oscuro pasillo, hasta subir la escalera que daba a la cocina, encender el foquito improvisado que daba una luz muy baja pero que permitía la preparación del café negro que nos servía mi abue en un tazón blanco muy grande y sin asas -no podíamos ir a dormir sin algo calentito en la panza. Cuando el cabeceo era insostenible y la plática se iba silenciando, nos dirigíamos a la habitación de las abuelas, se tenía que pasar por la del tío Fernando quien en su juventud quiso ser torero pero no le dio la fuerza, como a mi papá y a mi tío Luis quien se convirtió en apoderado del ambiente taurino, como consuelo. En la cabecera de la cama, en lo alto de la pared, una testa de toro con sus cuernos grandes y sus ojos de canica negra, vigilaba el trayecto hacia la habitación en la que dormía la más viejita de la familia y que solo mascullaba: “como les fue, lávense las manos y recen para que mañana salga el sol”

Mi abuelita Esther Tello, era católica, pero nunca fue a la iglesia: “apesta” decía mientras lavaba tripas y corazones de pollo.

Mi hermano dormía en un catre de los de antes, rechinaba. Yo me quitaba la ropa para quedarme en camiseta y calzón para acurrucarme en el regazo tibio de mi abuela. El techo era muy alto y estaba decorado con estucos de ángeles gorditos, borlas y hojas de acanto. Mientras me ganaba el sueño, miraba hacia el cielo, que parecía cobrar vida y entonces mi abuelita, que me conocía como a la palma de su mano, me contaba breves historias, haciéndome prometer que una vez terminadas me dormiría...

“Ángel de mi guarda, mi dulce compañía, no me desampares, ni de noche ni de día...” pero tú no crees en los ángeles”, le decía y ella respondía: pero que bonitos son, míralos revoloteando en el techo; y cuenta la leyenda, que dios los creo para cuidarnos y acompañarnos en los momentos difíciles. ¿No te gustaría un ángel para que te cuidara? Eres una buena niña, usas un pañuelito en tu bolsa y te dejas poner las inyecciones; siempre estarías fuera de los peligros y de los roba chicos”.

Yo miraba los angelitos revoloteando, descomponiendo el polvo y el dorado de los estucos y le preguntaba

¿Si meto un gato en una caja y lo pongo en la pileta, soy mala?

Es difícil meter un gato en una caja, respondía

¿Si meto la mano en el respiradero del sótano y me muerde una rata, lo hace porque soy mala?

Las ratas no muerden las manos de las niñas buenas que llenan sus cuadernos con números

¿Si me escondo en la chimenea para que no me lleven a la casa de abuela Lala, soy mala?

En la casa de Lalita está tu mamá.

¿Si no quiero ir a Bolívar y ver a los hermanos de mi mamá, soy mala?

Tú te defenderás siempre, y no serás grosera, usaras tu pañuelito, llenaras tus cuadernos de números, saludaras a tus abuelos, a tus tías y tíos y si se cortan, les pondrás mertiolate y una gaza, jugaras con tus primas y primos, no dirás groserías por grosera y entonces será como si tuvieras un angelito de la guarda siempre contigo. Entonces canturreaba para arrullarme...

Mi tía Bety, entre sus muchas habilidades, era pintora de gran formato. Pintaba preciosos cuadros religiosos. El que estaba clavado entre las camas de latón y cedro de mis abuelas, era el clásico ángel de la guarda cuidando a dos pequeñitos cruzando un puente, una pintura muy grande que no atemorizaba a nadie. Era hermosa.

Estercita murió y mi abuelita se mudó a un departamento pequeño, cerca de nuestra casa. No pudo llevarse los cuadros, no había forma que entraran en una casa tan bajita. Para entonces cursaba primero de secundaria y ya no íbamos los sábados al cine. Ahora los domingos llegábamos a los estadios de fútbol, y cuando mi abuelita se jubiló de la enfermería pediátrica, al salir del partido, íbamos

a comer, con la familia de mi mamá. Mi abuelita sonreía y solo decía, una siempre puede ser buena, si respetas la vida de todo lo que vive en el mundo (ella no decía planeta) incluyendo al gato que una vez lograste meter en una caja y ponerlo en el respiradero del sótano.

A veces mi recámara huele a Magnolias por las noches, un olor suspendido en lo más alto de la bóveda capuchina de mi habitación. Mis gatos se paran frente a la puerta.

No puedo ver, solo siento. Entonces canturreo.

## **16. Aceitunados.**

31 de Agosto de 2020. Día del aniversario del nacimiento de Doña Sabina Vales  
Gutiérrez

Año de gracia de la pandemia

Entonces miro su espalda, recta y delgada, que se va plegando mientras comprimo con fuerza la faja que debe ir bien apretada. Es en la tercera fila de corchetes que debe quedar. Mis dedos adoloridos trabajan para lograrlo. Las varillas recorren toda su espalda desde los omoplatos hasta el coxis, son demasiados. A veces queda envuelta en negro como cuando murió mi abuelo y llegó la faja negra que tuve que ajustar a su cuerpo durante muchos años, mientras su cuerpo era perfecto pero su cara se transformaba en un antifaz de melasma que decían era efecto del luto que la acompañaba, pero la transformaba en una auténtica belleza. Después de la faja, venía el brasier largo, hasta la cintura y que igual se sostenía casi solo por la fuerza del envarillado que afinaba aún más el talle... el medio fondo de nylon, el talco, siempre Heno De Pravia... Salía del closet y se sentaba en el taburete verde olivo que la dejaba frente a la gran luna rectangular de su tocador Van Beuren que mi papá trajo junto con el comedor, y

que enmarcaba con sus líneas modernas y transgresoras el perfecto maquillaje de mi madre.

Me sentaba a su espalda para mirar ese ritual de colocar cada tinte sobre rostro, su escote, sus manos, retocar el crepé de su alto peinado, resaltar el mechón blanco y pulcro del copete... luego llegaba mi padre, quien tenía elegido el traje, siempre a la medida y confeccionado bajo la supervisión de Bravo su sastre quien curiosamente vestía al Loco Valdez, que ahora ha muerto, Carlos Lico, artistas y políticos de la época asegurando una línea a la moda, los colores, los cortes, casimires; consultados en los figurines traídos desde otros países para la clientela del modesto taller.

Lo miraba ajustar la corbata, que escogía cuidadosamente y que nunca se repetía, la camisa perfectamente planchada que sacaba de un envoltorio de papel grueso de estraza y que llegaba desde la lavandería de chinos, decía mi abuelita Mina, quien cargaba los sábados el bulto, su capa azul marino y su blanco uniforme de enfermera. Los perfumes eran el último paso del ritual. Lo hacían juntos frente al espejo, se ponían frente a frente, recorriéndose con sus ojos de aceitunas calamatas, mientras los míos miraban la escena, guardada como una foto que no está en ningún álbum.

Aquella imagen era la de un figurín, algo daba vuelcos en mi pecho, el corazón se aceleraba y una bruma se apoderaba de la visión.

Esa mezcla de olores, sus perfumes finos, sus ropas perfectamente alineadas a sus cuerpos, el lustre perfecto de sus calzados, el pañuelo en la bolsa interna del saco, nunca visible (eso solo para la gala); el clutch de chaquira y canutillo confeccionados a la par de los vestidos. A veces un mink sobre los hombros, un abrigo siempre negro de manga tres cuartos y corte doble A (era lo propio).

Al final el cepillo de cerda para quitar cualquier pelusa difícil y finalmente el suave para darle cuerpo a las fibras de sus prendas.

Sonreían y venía la despedida, mi hermanito y yo, los abrazábamos a la altura de sus cinturas, con cuidado de no arrugar la apariencia final y pedíamos un regalo

cuando regresaran. Nos besaban con cuidado de no despenarse o perder el dibujo de los labios, nos acompañaban a la recámara y con cuidado nos arropaban. Le indicaban a mi abuelita o a María quien nos acompañaba en esas noches de fiesta, que no nos permitieran el desvelo, la sed o el hambre; que cerraran la puerta y no nos dejaran solitos en ningún momento (ángel de mi guarda dulce compañía...).

Subían al auto, el Hudson, el Vocho, el Mustang... y ahí bajo mis sabanas raspositas de algodón blanco, podía mirar a mi papá tomando la cintura de mi mamá con la firmeza y gracia de un Dandi, girar en la pista de la Fuente ante mis ojos que espiaban desde un hueco entre las sabanas y el colchón. Nadie mejor para reventar un Danzón, que esa pareja y asombrar a tías, tíos maternos, a la abuela, el abuelo: al vecindario... bailaban hasta el amanecer; sin importar si era en un cabaret, la casa materna, la navidad o los gritos de independencia. Entonces regresaban.

Ya podía dormir tranquila. Nada de fugas como Bonnie y Clyde o muerte trágica en un accidente de los que retrataba Metinides, o abandono a sus niños para cuidar las enfermedades prolongadas de abuelas y abuelos, tíos y tías que por muchos empeños para convencerlos de que lo hicieran, solo fue momentáneo o no fue así...

Hoy es el día que nació mi madre, y no hay afeites ni habrá regalo después de la fiesta.

No falta la música: pienso que nunca como este año, creció la chilacayotera y por primera vez, año de la pandemia, el aguacate ha dado fruto. Seguro lloverá.